



NÚM. 9.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: Un número suelto 2 rs.; un mes 6 rs.; tres meses 18 rs.; seis meses 36 rs.; un año 72 rs.

9 DE MARZO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 20 rs.; seis meses 40 rs.; un año 80 rs.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO; tres meses 50 rs.; seis meses 3 pesos; un año 6 pesos.

AÑO I.

LA CONQUISTA DE TOLEDO

(Conclusion.)

V.

Dos años despues de estos sucesos, la fortuna deparó á don Alfonso la ocasion de poder pagar á Almamúm la deuda de gratitud que con él tenia.

El rey moro de Sevilla, Mahommed-Al-Motamid, se alió con vários señores poderosos, y reuniendo una lucida hueste, entró á sangre y fuego por las fronteras de Toledo.

Sabedor D. Alfonso de esta agresion, púsose á la cabeza de un escogido cuerpo de combatientes, y dirigiéndose con una celeridad pasmosa á la córte de su noble amigo, sentó sus reales en un pueblecillo cercano llamado Olías.

Esta venida de tropas, tan inesperada como repentina, alarmó sobre manera á los toledanos, que ignoraban si aquel ejército era aliado ó enemigo.



A. CORTICELLI.

C. MAURAND.

Fiestas árabes. 31

Pero bien pronto salieron de dudas, pues D. Alfonso, solo, penetró en Toledo á visitar á Almamúm y hacerle saber el objeto de su venida.

Gran placer experimentó el anciano emir al mirar el noble comportamiento del rey cristiano, y accediendo á la invitacion que éste le hizo de pasar á comer á su tienda, acudió al dia siguiente á devolverle la visita.

En esta entrevista, asegura Pedro de Medina en su libro *De las cosas memorables de España*, ocurrió el interesante episodio que vamos á referir.

Dice que, así que Almamúm penetró en la tienda de don Alfonso, los arqueros de este, prevenidos de antemano, la cercaron, y entonces el monarca de Castilla obligó al moro á relevarle del juramento que le hizo pronunciar en Toledo cuando se

encontraba en su poder. Cediendo el emir á la fuerza de las circunstancias, absolvió del compromiso pactado á D. Alfonso, quien, tomando la palabra, le dijo:

—Noble Almamúm, cuando os juré amistad á vos y á vuestro hijo Hissem, me encontraba en Toledo, y completamente á merced vuestra.

Por eso no faltarán personas que crean que, si yo presté aquel juramento, fué sólo obligado por las circunstancias; así, pues, y para que nadie pueda dudar de la verdad de mis palabras, ahora que te tengo en mi poder, y que me encuentro rodeado de lo más lucido de mis huestes, te reitero de nuevo, libre y espontáneamente, mi pasada promesa, ofreciéndote, por mi fé de cristiano y de caballero, que mi gratitud para contigo será eterna.

Y así fué la verdad; las huestes de Alfonso y Almamúm invadieron unidas la Andalucía, cubriéndose de gloria en Córdoba y Sevilla, y los dos monarcas vivieron profesándose siempre un cariño profundo, una amistad leal y franca.

VI.

El noble emir de Toledo descendió por último al sepulcro, cargado de años y de laureles, en 1706, y su hijo primogénito Hissem, ocupó el trono con tan mala estrella, que vió, á pesar de la ayuda de D. Alfonso, ir cayendo en poder de los enemigos de su familia el fruto de las conquistas de su padre.

Su reinado fué en extremo fugaz: combatido por los enemigos de fuera, y estrechado por sus mismos súbditos, cayó del trono por una conspiración, al frente de la cual se puso su ambicioso hermano Yahia-Alkadir, que consiguió por tan infame medio ceñirse la corona.

Pero si desgraciada fué para los toledanos la dominación del mal aventurado Hissem, no lo fué más dichosa por cierto la de Yahia.

Criado entre eunucos y mujeres, más dispuesto siempre á cubrirse con el ligero traje de seda que con la férrea coraza; más acostumbrado á aspirar el tibio y perfumado ambiente de los harems, á extasiarse en brazos de sus esclavas con los dulces acordes de la música, reclinado en cómodos divanes y costosas alkatifas, que á oír el ronco son de las trompas de guerra y á soportar las rudas fatigas de los combates, vió levantarse contra su autoridad algunos de los gobernadores de sus ciudades.

Además de esto, su carácter despótico y cruel le enajenó de tal manera las simpatías de los toledanos, cansados ya de sufrir sus vejaciones, que escribieron á D. Alfonso ofreciéndose á entregarle la ciudad si venía sobre ella con su ejército.

Esta proposición tentadora, suscrita por los principales mozárabes y judíos de Toledo, llegó á poder del castellano casi al mismo tiempo que una embajada de Al-Motamid de Sevilla, proponiéndole que rompiera con Yahia y aceptase su alianza, admitiendo por esposa á su hija la princesa Zaida.

D. Alfonso, libre ya del juramento que hiciera á Almamúm, en el cual no fué incluido Yahia, accedió á la invitación, y la alianza con el sevillano quedó concluida, recibiendo el de Castilla *quasi pro uxoré* á la bella andaluza, á pesar de hallarse casado entonces en segundas nupcias con Constanza de Borgoña.

Después, decidido á apoderarse de Toledo, levantó una numerosa hueste, compuesta, no tan sólo de sus soldados, sino de auxiliares de Aragon, de gentes del de Sevilla y de aventureros y nobles señores franceses, entre los que figuraban Enrique, conde de Besanzon; Raimundo, conde de Tolosa, y otro Raimundo, conde de Borgoña, y rompiendo por las montañas que dividen las Castillas, cercó definitivamente á Toledo en 1083, después de haberse apoderado en diferentes campañas de las poblaciones de Madrid, Talavera y Escalona.

El despótico monarca de Toledo, en vez de amilanarse ante tan próximo peligro, sale de su letargo, y dá pruebas de una energía hasta entonces oculta.

Repara los muros, pide socorro á los reyes moros de Zaragoza y Badajoz, y ordenando sus taifas, se dispone á la defensa, decidido á sepultarse entre los escombros de su ciudad querida, primero que consentir que fijen en ella su planta los enemigos del Profeta.

El degenerado hijo de Almamúm, sintió en aquel supremo instante palpar en su pecho algo de la antigua fiereza de su raza.

Pero estaba escrito que Toledo doblaría armada la rodilla ante la enseña del Gólgota, y lo que está escrito se cumple.

El desventurado Yahia vió desvanecerse como un sueño la esperanza de ser socorrido por los de Zaragoza y Badajoz.

El rey de aquella ciudad, Al-Moktadir-ben-Hud, moría al querer venir en su ayuda; y el ejército de Al-Motawakkil, último de los Athasidas, mandado por su hijo Alfad-al-ben-Omar, wali de Mérida, huyó roto y deshecho por el acero de D. Alfonso, sin lograr siquiera ponerse en contacto con los sitiados.

La caída de Toledo era segura; la perdición de Yahia, irremediable, cierta.

El ejército cristiano, dividido en diferentes cuerpos, y apretando cada día más y más el cerco, asemejábase á una inmensa sierpe de acero, que, enroscada al cuerpo de un gigante, oprimía sus anillos pretendiendo sofocar á su presa.

Los repetidos asaltos, el hambre que sentían los sitiados, las molestias de tan largo asedio, y la ninguna esperanza de recibir socorro, unido á la promesa hecha al rey cristiano, armaron el brazo de los mozárabes y hebreos, que dieron una noche el grito de insurrección, acudiendo en tumulto al palacio del emir, solicitando que capitulara con el enemigo.

Lo apurado de la situación hizo á Yahia ceder á las exigencias de los amotinados y mandar embajadores al campo cristiano, ofreciendo á D. Alfonso pagarle tributo á condición de que levantase el sitio.

Rechazada esta propuesta por el castellano, el acorralado emir se dispuso á defenderse hasta la muerte; pero la insurrección ardió de nuevo, su guardia fué atacada, y el palacio invadido por las turbas, que le obligaron, aunque á su despecho, á entregar la ciudad, bajo las condiciones siguientes:

1.^a Que se entregarían las puertas y los puentes de la ciudad con sus fortificaciones, el alcázar y las huertas tituladas del rey.

2.^a Que el emir, con la gente que quisiera seguirle, llevándose sus haciendas y menaje, podían ir á Valencia, cuyo reino le ayudaría el cristiano á recobrar del que se le tenía usurpado.

3.^a Que á los que quedasen en la población se les respetarían sus vidas y propiedades, no imponiéndoles más tributos que los que ántes pagaban.

4.^a Que se les conservarían sus cadíes ó jueces propios, para que les administrasen justicia conforme á las leyes musulmicas.

Y 5.^a Que no se arruinarían las mezquitas ni se estorbaría el ejercicio público de la religión de Mahoma.

Estas condiciones, si no iguales, eran, por lo ménos, parecidísimas á las que concedió á los cristianos el vencedor de Guadalete, cuando, tres siglos y medio ántes, penetró en Toledo.

Firmado este pacto, Yahia, seguido de algunos oficiales, salió á caballo de la ciudad, con un astrolábulo en la mano, con dirección á Cuenca, y en aquel mismo día, que era el 25 de Mayo de 1085, entró por la puerta de Visagra Rodrigo Diaz de Vivar, á quien el rey, nombrándole alcaide de Toledo, le mandó tomar posesión.

Pocos días después la corte hizo su entrada, y el estandarte de la cruz se clavó, para no arrancarse más, sobre aquellos muros, donde por espacio de trescientos setenta y cuatro años ondeara el pendon de los hijos del Profeta.

UN PASEO POR EL RIFF.

(Continuacion.)

II.

Desde el Peñon se pasa á Alhucemas, plaza hostilizada siempre por el mar, por el viento y por los riffenos.

Toda la costa es ruda, bravía y tormentosa. Sólo los buques azotados por el huracan, los contrabandistas fugitivos de algun tenaz guarda-costas, ó los vapores ingleses, franceses ó españoles suelen cruzar aquellas aguas, cubiertas de arrecifes, que á veces asoman su cabeza para asustar al imprudente marino que se ha aproximado á ellos demasiado.

Alhucemas parece desde el mar una gran mesa de granito. Tiene, sin embargo, los mismos caracteres que el Peñon; pero se diferencia en su forma y fortificaciones.

Es un peñasco irregular, colocado entre los cabos de *Quilates* y el *Morro*, el cual, visto á alguna distancia, parece un cetáceo gigantesco que sobrenada en el mar. Diríase que ambos cabos son como dos monstruos que alargan la cabeza, para devorar á la fortaleza española.

Quebrantada la roca que la sostiene por el embate de las olas, está carcomida por los cimientos, en los que se abren anchos boquerones, por donde entra el agua formando un estrépito espantoso. Alhucemas es inexpugnable por la naturaleza hácia la parte *Norte* y *Este*, á la par que lo es por el arte hácia el *Sur* y *Oeste*. Para penetrar en la plaza es preciso subir á ella con escalera de mano. Quitada esta escalera, el aislamiento es completo. Erizada de bastiones y baluartes, presenta un agreste conjunto sobre los peñascos acantilados en que está colocada, los que, vistos á lo lejos, se asemejan á una serie de castillos y torreones. En el centro de la plaza hay una fortaleza, en donde el vigía observa el vecino campo por medio de un anteojo, y participa las novedades que ocurren tocando una campana.

Una inmensa concavidad horada el corazón de la roca. Cuando el mar se halla embravecido, penetra el agua por este conducto subterráneo, el cual tiene comunicación con otros, especialmente con una gran abertura que existe en medio de la plaza.

Por esta abertura salen grandes bocanadas de viento y agua, á la manera de un surtidor, y causa espanto y miedo sentir temblar y estremecerse la roca bajo los piés. Créese por muchos que Alhucemas puede hundirse en una de las violentas tempestades que constantemente la hostigan.

En frente de la plaza se extienden las erizadas costas de *Erif*, descubriéndose al mismo tiempo la pintoresca desembocadura del río Mancor. Las kabilas que habitan aquellos sitios son más guerreras y numerosas que las del Peñon, lo mismo que las de *Melilla* lo son más que las de Alhucemas. Cuando estas se agitan y ponen sobre algun *ataque* su único pendon de guerra, la poderosa artillería de la plaza barre la playa y evita toda clase de embestidas formales.

Desde *Alhucemas* á *Melilla* hay diez y ocho leguas de distancia. Por lo regular se navega costearo el litoral, de cuyo agreste é impenetrable. Un encadenamiento de peñascos detiene y desafía la cólera del Mediterráneo; es una muralla caprichosa, llena de calas y puntas erizadas, bordadas siempre de una blanca espuma. Numerosas bandadas de pabanas y cuervi-gallos, aves marítimas que se ciernen sobre las olas, anidan en las concavidades, y son las reinas de la soledad y de la borrasca, que á veces anuncian con sus agudos gritos. Algunos cárbos cruzan por medio de los arrecifes, burlándose de ellos, pues prefieren este dificultoso derrotero á internarse mar adentro. Si por acaso encuentran algun buque, ya sea de guerra, ya mercante, ó tienen la osadía de atacarle, ó procuran evitar su encuentro. Si lo primero, embisten rápidamente, entre los desafortados

gritos y las grandes demostraciones de guerra de la tripulación; si lo segundo, los moros se apresuran á colgar un súcio trapo blanco, á guisa de bandera de paz, en el palo mesana de la embarcacion. Si pretenden atraerse la amistad de algun buque de aspecto sombrío y amenazador, el cual presenta, al través de sus portas, la negra boca de los cañones, entónces se acercan, haciendo graciosas maniobras sobre el cá-rabo que tripulan, practicando ejercicios de ligereza y habilidad, dando vueltas uniformes al mismo tiempo que impulsan los remos.

Los moros saben cubrir siempre con apariencias pacíficas sus pérfidas intenciones, y todo aquel movimiento de alegría, de alianza y amistad, se ha convertido más de una vez en escenas de sangre y de muerte.

El cá-rabo del Riff es una nave de mal agüero. Su estructura tiene la forma de una serpiente; es decir, larga y estrecha, construida expresamente para el remo y para la vela.

En casos dados, despliega estos dos agentes poderosos y corre como un vapor. Esta nave extraña parece á veces quedar en calma sobre las olas, como si estuviese abandonada.

Cuando permanece inmóvil, es que acecha; el ojo del marinero árabe registra el horizonte, para buscar una presa donde cebar su insaciable sed de piratería. Es el tiburón que permanece en reposo, el cocodrilo que parece dormido.

Al llegar al cabo de las Tres Forcas, cabo tormentoso que ha sido tumba de muchos barcos, la decoración muda de aspecto.

Abrese un ancho golfo, que termina hácia el Este con las montañas de Islí, célebres por la batalla de este nombre. En el centro de la espaciosa curva que forma la costa, se halla asentada Melilla, sobre rocas madreporreas. A la izquierda, y un poco más lejanas, se ven las Chafarinas, en frente de un caudaloso río y de unas grandes lagunas, de donde se extrae sal de contrabando por los comerciantes de Tetuan y Tánger.

El cabo sobresale como un cancerbero de tres cabezas. Las tempestades en este sitio son terribles.

(Se continuará.)
T. Tarrago.

LAS MUJERES.

Lector, dispensa el epígrafe de este artículo.

Me anticipo á contestar al mohín de extrañeza que se dibuja en tu rostro, sinónimo al pensamiento que tu cerebro formula, el cual, traducido al castellano puro, dice: ¿qué se le ocurrirá al articulista á propósito de las mujeres?

Lee, y no te detengas en comentar lo que ni me ha ocurrido ni ocurre al entretenerme algunos minutos con un tema, cuyo desarrollo hace muy al caso á muchos y muchísimas de nuestros hermanos y hermanas segun la carne.

Ya sé yo que los antiguos se ocuparon de la mujer, tema del culto de los griegos un día, y la degradacion de los romanos otro; emblema de la debilidad en Eva, y la pureza y el amor sin mancilla en María.

También he leído *Las Mujeres de la Biblia*, como tú habrás hecho, y doy por sentado que conoces *La perfecta casada*, de Fr Luis de Leon; la comedia *¡Lo que son mujeres!* y *La Mujer*, libro de Severo Catalina.

No creas voy á filosofar acerca de la mujer, problema insoluble, hasta el día y en muchísimo tiempo, para el hombre, problema que, entre otros factores, nos presenta á Susana y Cleopatra, á Virginia y Mesalina, á Catalina de Médicis y Juana de Arco.

Tampoco pienses la voy á definir diciéndote con un autor, es un ángel con todas las condiciones y atributos de los espíritus angélicos, y un demonio con las pasiones aviesas, instintos feroces y tendencias infernales de los inquilinos del báratro.

No es de la mujer entidad, de quien me ocupo en este artículo, en el que sólo trato de las mujeres como diria un casuista, *non in totum, sed quoad partem*.

Muy común es hoy declamar contra las mujeres llenándolas de lindezas, léase insultos, á cual más gratuita é impropia.

Criticase, en general, la superficialidad de las mujeres: su desmedido afán por el placer; su aviesa tendencia á la coquetería; su pasión por el lujo; su cariño é interés por toda fruslería; su inconstancia, sus infidelidades y su falta de sentido común muchas veces.

Los franceses hacen de la española una devota ó una fiera; los ingleses pintan á la francesa como un maniquí, brillantemente decorado y con poco ó ningún meollo: los alemanes temen los celos de las italianas; los españoles juzgan de hielo á las alemanas, y con esta imparcialidad, del modo más frívolo posible, juzgando por caricaturas, folletos ó novelas, de su más inmediata compañía, el hombre hace de la mujer un mito; quiérela estudiar, y en fuerza de analizarla, se separa más del conocimiento verdadero de la carne de su carne y la sangre de su sangre; de aquí los tropezones del sexo barbudo en la vida; de aquí sus celos y sus lágrimas, sus berrinches y sus tristezas.

Criticase á la mujer la exageracion en el peinado hoy; ayer, su capricho por los cinturones con gruesas hebillas; mañana, su afán por el miriñaque, hijo bastardo del tontillo; pasado, su afición á pasear la cola del vestido por el lodo, y de tales exageraciones se ocupan revisteros y articulistas, autores que hacen libros y literatos que escriben novelas.

Oidlos en una reunion, escuchadlos ante un auditorio de señoras, y vereis cómo los Aristarcos de mañana adulan hoy lo que ayer criticaron; transigen con la moda, la aplauden, ensalzan el buen gusto de una rareza, vestidos de frac y corbata blanca, trocando contra esa misma rareza, más tarde en letras de molde, y todo esto, ó por hacerse los interesantes, ó por mendigar una sonrisa, ó por lucir un talento huero, tragarse un sorbete ó atrapar la mano de una rica heredera, fea como un tití, pero elegante y fashionable *pur sang*.

Así son las cosas, y así es el mundo.

La mujer es frívola, se dice; la mujer es necia; vive de chismes, se mantiene de murmuracion.

¿Y quién tiene la culpa, caballeros?

¿Cuál es hoy la enseñanza de la mujer?

Su primera condicion ha de ser agradar; es decir, que sea oportuna, incisiva, burlona, voluntariosa, coqueta; defectos que se barnizan con los nombres, talento, chispa, ocurrencias, carácter y sensibilidad.

¿Inventa ella esa educacion?

No, es la sociedad quien se la depara; el hombre quien la aplaude y predica en esas cátedras de buen tono que se llaman saraos, reuniones, tés, conciertos, etc., etc.

Si la mujer es franea, se la califica de tonta; si ingénuo, de simple; si hacendosa y económica, de antigualla y ruin; si seria, de pedante; si instruida y prudente, de marisabidilla é hipócrita.

La mujer, dijeron nuestros abuelos, no debe saber leer y escribir, para que no tenga novios.

Y nuestras madres se casaron, apelando á mercurios como el aguador y la criada, ó ensayando muy al vivo *La Mogigata* de Moratin.

La mujer, decimos hoy, debe saber hacer los honores de la casa, y al efecto, la mujer aprende algunas labores, desconoce la cocina, masculla el francés y destroza los oídos desde el piano.

¿Qué enseñais á la mujer, severos censores de su conducta?

Sér impresionable y nervioso, ávida de cariño y entusiasmo, siente que su corazón late y su cerebro alimenta una actividad extraordinaria, y cuando con franqueza habla y se queja con franqueza del

círculo de hierro que la mantiene en la ignorancia y el prosaísmo de una etiqueta insulsa, la sociedad la contesta con una carcajada sardónica, supremo *satis* de las prescripciones de buen tono de cada época.

Por eso la mujer se despega de la familia, aborrece el libro, ensaya la intriga, gusta de la coquetería, paladea los chismes, se arma de la murmuracion, y vive la vida del palco, la tertulia, la diversion, el viaje, la estacion de baños y todos esos puntos á donde concurren esos enjambres de zánganos tallados ó en agraz, que viven y son vistos, gracias á Caracuel ó Soriano, Reynaldo y Aimable.

Añade á esto, lector sesudo, el porte nuestro con la mujer, y comprenderás lo que callo.

¿Qué haríamos nosotros, con nuestra formalidad y todo, con nuestras ínsulas de severos y nuestros aires de pedagogos, si nos adulasen perpétuamente de la mañana á la noche, de la noche á la mañana?

A la mujer á quien se la dice que es encantadora, espiritual (aunque pese doce arrobas), simpática, amable, cariñosa, perspicaz, elegante, modelo de buen tono, encanto de los salones; la mujer á quien se llama irresistible, se la abruma de versos, se la sofoca de adulacion, se la miente y se la engaña, cuidando bien de no instruirla ni respetarla, diciéndola con los lábios lo que el corazón no siente, disfrazando la verdad con la careta de la galantería, y el deber con la grosera gasa de la pasión, ¿qué la queda que aprender ni escuchar, qué hará ni á dó irá que no desprecie al hombre y le convierta, cuantas veces pueda, en el maniquí de sus caprichos ó la víctima de sus frivolidades?

¿Es esa la mujer tal cual Dios la formó?

¿Es esa compañera el objeto del cariño del hombre, de su desvelo como hijo, su anhelo como hermano, su entusiasmo como amante, su encanto como esposo?

¿Es esa la mujer con que el alma sueña y se embelena el corazón?

¿Son esas mujeres las mujeres que han de regenerar la sociedad por el ejemplo y el amor en todas las escalas sociales?

No, esas mujeres son las mujeres que hasta hoy ha formado el hombre por la educacion, tipos á quienes adula para engañar, á quienes recrimina si delinquen, de quienes se aparta una vez conseguido el objeto de su educacion, que es exigir de la mujer la mayor suma posible de deberes, negándola la mayor suma de derechos, esto es, instruccion, ejemplo y cariño.

M. Prieto y Prieto.

NOVÍSIMO DICCIONARIO DE LA LENGUA.

L.

Laberinto. Fué de Creta—en la isla inmenso jardín.—Hoy lo lleva la coqueta—en su pecho, y el poeta—no comprende con qué fin.

Lábio. Buzón que exprófeso—en toda mujer admiras,—y algun amante travieso—suele tapar con un beso,—porque no salgan mentiras.

Ladron. Quien tiene ambicion—de acumular, y con brío—de lo tuyo y de lo mio—desconoce la nocion.

Lágrima. Forma concreta—del dolor y la amargura,—que, aunque á veces la figura—con perfeccion la coqueta,—sólo es grande cuando es pura.

Lamento. Suspiro ó queja—que muchos al aire dán;—lo que rendido galan—exhala al pié de una reja;—patrimonio de la vieja;—del pollo ciencia ignorada;—queja en un punto expresada;—monosílabo elocuente;—lo que sabe hacer la gente,—aunque no sepa hacer nada.

Lana. Lo que nunca esperan—tener mis colchones hueros;—lo que cubre á los carneros—y á los que serlo debieran.

Langosta. Insecto que niega—al campo preciadas creces,—y suele evitar á veces—el trabajo de la siega.

Lápida. Dura te hizo—la suerte, y esa es tu gloria,—que eres libro de memoria—para el hombre olvidadizo.—Pero libro que, hoy en día,—ninguna afición despiertas,—y yaces, fuera de puertas,—en tu triste librería.

Látigo. Terror del potro;—arma, mediante la cual,—á veces un animal—suele castigar á otro.



Vista de Lucknow.



GEO. MEASOM. SC.

PROPOSED NEW BUILDINGS AT WESTMINSTER

Thos. Sulman. del.

Abadia de Westminster.

Latín. Un muerto, que á ruego—de los sábios vida toma—en todas partes; idioma—que para muchos es griego.

Laurel. Premio consagrado—al génio en toda la tierra;—fruto que nace en la guerra—y que muere en el guisado.

Lección. Simiente que arroja—un profesor al descuido,—y es su trabajo perdido,—por no haber quien la recoja.

Lengua. El mayor de los males,—como el mayor de los bienes,—pues que del uso que hagamos—su bien ó su mal depende.—La lengua enaltece al sábio,—la lengua á veces le pierde;—la lengua liga á los hombres—y enemista á las mujeres.

Letra. Se emplea en el crédito—cual documento de fuerza,—y se usa en literatura—lo mismo que en las imprentas.—Pero es fama, y aunque fama—popular, bastante cierta,—ser ya las letras de cambio—las únicas que se aceptan.

Leyenda. Molde que usó—Zorrilla, y que se llevó—al nuevo mundo en el barco.—Cuentan que al pasar el charco—en el fondo se cayó.

Libelo. La obra violenta—en que el escritor sin honra—usa, injuriando á la imprenta,—la pluma de la deshonra—y la tinta de la afrenta.

Liberal. Si la largueza—al hombre caracteriza,—á ser liberal empieza,—bien dé al prójimo riqueza—ó le arrime una paliza.

Librea. En frase galana—dijo por extraordinario—un escritor que no es rana,—que es la librea el sudario—de la dignidad humana.

Libro. La obra que á pensar—bien al mortal encamina;—mas se suelen contentar—muchos con el de cocina—ó el tesoro del billar.

Liebig. Químico del día—que el filantrópico acto—cumple con filantropía—de darnos ¡quién lo diría!—su propia carne en extracto.

Liebre. Un animal humilde—que en algunos casos raros—suelen darnos los fondistas,—cuando no hay gatos á mano.

Limbo. No es el purgatorio,—ni infierno, ni Paraíso,—sino donde han de encontrarse—todos los poetas líricos.

Limosna. Alivio del duelo,—acción sencilla que encierra—una virtud y un consuelo;—preparación en la tierra—para conquistar el cielo.

Linea. Sucesión de puntos—que rabian por verse juntos,—y recta, curva ó quebrada,—es la cosa más usada—en toda clase de asuntos.—Es en la conducta, valla;—es el frente en la batalla;—es el afán de la imprenta,—y mucho más, que no cuenta—el autor, porque lo calla.

Litera. Caja ligera—de coche con la figura,—y al alcance de cualquiera.—Sólo no gasta litera—la pobre literatura.

Llama. Fuego y humo implica,—luz y calor constituye;—si es en el cuerpo, destruye;—si en el alma, purifica.

Llanto. Crisol que en el suelo,—limpia las pasiones, malas:—las lágrimas son las alas—para remontarse al cielo.

Locura. Feliz estado,—que ambiciona el hombre poco;—aunque el mundo le ha enseñado—que es más infeliz que el loco—aquél que se halla á su lado.

Lodo. Lo que hay en las calles—y en los campos y en las plazas:—lo que casi siempre el hombre—suele esconder en el alma.

Lógica. Lo que en el teatro—social, á lo cierto lleva:—razonamiento que prueba—que dos y dos son cuatro.

Loro. Un pájaro que sabe—imitar de tal manera,—que hasta habla con tono grave,—y es tan diestro y tan tronera—que acaso en ser hombre acabe.—Un loro que yo tenía,—prodigiosamente usaba—las dos patas, pues ví un día—que con una se rascaba—mientras con otra comía.

Lugar. El sitio que tiene,—y á cada cual corresponde,—del mundo en la extensa escena.—Cualquier población, en donde—se alinuerza, se come y cena.

Luna. El nocturno farol,—que con orgullo reluce,—y al reflejo se reduce—que siempre la presta el sol.—Luna es también la demencia;—luna es el espejo fiel;—luna, la luna de miel,—y luna la de Valencia.—Mas su gráfica acepción—es el astro, á cuyo brillo,—pasa el ajeno bolsillo—á las manos del ladrón.

Lustre. Cierta charol es,—que se dan, si se repara,—las mujeres en la cara—y los hombres en los pies.

Luto. Fórmula oficial—del dolor y la amargura:—dolor que siempre se cura—después de un plazo anual.

Luz. Derivación del fuego,—y origen del fuego acaso:—idea, que en ningún caso,—podrá entender bien un ciego.

ANA LA LIEBRE,

POR
TORCUATO TÁRRAGO.

SEGUNDA PARTE.

X.

Al tercer año de ausencia.

No somos aficionados á la aritmética. Para nosotros toda cuenta, en vez de ser afirmativa, es absolutamente negativa

Por lo tanto, no queremos acumular, sobre las cifras de los dos años anteriores, la nueva suma de los días, de las horas y de los minutos de este tercer año. Sería una cosa horrorosa.

Ana, la niña convertida en mujer, porque tres años son para la juventud lo que tres días son para la ancianidad, Ana siguió, sin saber cómo, olvidando á Rafael. A medida que la distancia era más larga, Rafael iba siendo para ella más pequeño.

¿Se escribían?

Todas las semanas aparecía siempre la invariable carta del soldado; pero Ana, no encontrando ya palabras que decir, dejaba de contestar, y pasaba dos semanas en silencio.

Pero al fin contestaba.

Un día, á la hora de comer, la dijo su padre entre grave y risueño:

—Tengo, hija mia, ciertos proyectos sobre tí. Vás siendo una mujer, y es menester fijarse seriamente en tu destino.

Estas palabras fueron para Ana como un enigma de la esfinge.

Principió á pensar en ellas, y soñó quince noches seguidas con aquel destino desconocido, del que le habia hablado su padre.

Durante este tiempo, Rafael no apuntó siquiera en la memoria de la jóven.

Pocos días despues, un domingo por cierto, hubo reunion en casa de D. Cándido de los Rios. Aquella noche se cantaba, se tocaba el piano y se bailaba. Ana fué la primera en acudir, pues, sin saber cómo, le habia cobrado aficion á estas reuniones.

Ana, brillante de lujo y deslumbradora de hermosura, se sentó entre sus amigas; pero estas se fueron distrayendo por aquí y por allá, y cuando ella acordó, echó de ver que habia á su lado un jóven elegante y de finos modales.

Este jóven era Carlos Fuster.

Estaba silencioso y algun tanto pálido. Vestía con soltura, y parecia entretenerse en jugar con la cadena de oro de su reloj. No podia decirse que Carlos era guapo y buen mozo, pero sí que era simpático y agraciado. Tenia crecida toda la barba y algo corto el pelo de la cabeza.

Además de estas circunstancias personales, reunia otras circunstancias muy importantes. Era rico, y estudiaba el último año de leyes. Dentro de dos ó tres meses sería abogado.

Ana miró al jóven, y le saludó con un gracioso movimiento de cabeza.

Este le dijo:

—Deseaba con toda mi alma estar al lado de V. Al fin se me ha logrado este deseo.

—Gracias, contestó ella bajando los ojos.

—¿Bailará V. conmigo esta noche?

—¿Por qué no?

—Es que no me consideraba con el derecho de hacer semejante exigencia, dijo Carlos clavando su mirada en la de ella. Yo no sé por qué se me figuraba que sería V. tan intransigente consigo misma como en un principio.

—No comprendo eso, contestó Ana.

—Es bien sencilla mi frase. Como ántes no bailaba V...

—¡Ah!...

Y Ana tuvo que acordarse de Rafael en aquel instante.

—Yo no sé qué idea sería la de imponerse semejante privación, prosiguió Carlos: me habian dicho que iba V. á meterse monja en el convento de la Concepción, y ya se vé, todo esto no me permitía dirigirle la invitación que acabo de hacerle.

Ana se puso encendida como una amapola. Carlos despertaba en ella un recuerdo, Carlos le trajo á la memoria la Virgen de los Dolores, olvidada hacia mucho tiempo.

Sin embargo, para borrar la confusión que se habia pintado en su semblante, sonrióse en seguida, y se apresuró á contestar:

—Esta noche, por lo que se vé, está V. de muy buen humor. Me alegro que sea así.

Desde aquel momento se puede decir que Carlos Fuster fué la sombra de Ana. Si salía de paseo, allí estaba él; si habia una reunion, allí se encontraba á su lado. Carlos tenia un precioso potro cordobés, y todos los días, por mañana y tarde, pasaba montado á caballo por delante de los balcones de Ana.

Esta se iba insensiblemente acostumbrando á la presencia de aquel jóven, por más que éste no pasase jamás los límites de la más elevada y distinguida consideración. Ana le veía, le saludaba y cruzaba algunas palabras con él.

De este modo trascurrieron unos cuantos meses más.

Las amigas de Ana principiaron á darla broma acerca de la muda galantería de Carlos Fuster; pero ella manifestaba de un modo terminante que Carlos no pensaba en ella.

¿Pensaba ella, cuando pronunciaba estas palabras, en Rafael?

Hé aquí lo que nosotros no podemos decir.

El corazón de la mujer es las más veces el problema de la fatalidad humana.

Una noche habia reunion en casa de D. Cándido de los Rios, y, como de costumbre, Carlos se encontró al lado de Ana.

Ya nuestro jóven habia recibido la investidura de licenciado en derecho y cursaba el año de doctorado. Era, pues, para toda aquella sociedad femenina, lo que se llama una excelente conveniencia.

Aquella noche era de las últimas de Setiembre, y hacia bastante calor.

Colocada Ana en uno de los balcones principales de la casa de D. Cándido, se perdía su pensamiento contemplando esos millones de estrellas con que la mano de Dios borda todas las noches la bóveda de los cielos.

Nunca el semblante de Ana habia tenido una expresión más encantadora.

—¿En qué piensa V.? le interrogó Carlos, interrumpiendo la contemplación de la hermosa jóven.

Ella bajó los ojos, y clavándolos en él, contestó: —Pienso... ¡qué sé yo!

—Muchas veces, cuando no hay confidentes aquí en la tierra, los buscamos allá en el cielo. Se creería que V. hablaba con algo invisible que solo V. tiene el derecho de percibir.

—Es que miro simplemente á las estrellas, Carlos, respondió Ana.

—¿Y qué sabemos, observó el jóven con triste acento, si en alguna otra parte habrá otras miradas contemplando las mismas estrellas que V. contempla?

¿No era esto un recuerdo á su antiguo amor, ó una queja delicada sobre una esperanza futura?

Ana volvió á bajar los ojos, no sabiendo qué decir. Había en aquella frase un fondo de verdad que la hacia daño.

Después, cambiando súbitamente de fisonomía, le preguntó:

—Me han dicho, Carlos, que marcha V. pronto á Madrid. ¿Es cierto eso?

—Sí lo es; voy á tomar el grado de doctor; es el último paso de mi carrera.

—Lo que tal vez quiera decir que una vez en la corte olvidará, tal vez para siempre, el pueblo, de su nacimiento.

Carlos miró á Ana de un modo intenso y profundo, y contestó:

—Segun y conforme, y digo esto, porque si he de encontrar aquí mi felicidad, volveré; si no acaso me haga vecino de Madrid para toda la vida.

—¿Pero qué considera V. aquí como su felicidad?

El jóven volvió á mirar á Ana, se detuvo como si meditase en la contestación que habia que darle, y dijo por último:

—Mi felicidad es una, está encerrada en V., vive en V., depende de V.; bastante le digo; adios.

Y se alejó del lado de la joven, despues de haberle hecho aquella extraña declaracion de amor.

(Se continuará.)

REVISTA DEL EXTRANJERO.

RESUMEN.—Palabras y hechos.—M. Rouher y el mariscal Niel.—Discurso del rey de Prusia.—Doble decreto.—Los Estados-Unidos.—Príncipe Napoleon en Berlin.—Ministerio inglés.—Cuestion de Oriente.—América.—La primavera.—Los hipópagos.

Sigue en el mundo político la contradicción palmaria entre las palabras y los hechos: mientras se dan seguridades de paz, mientras se dice que nunca está más lejos que ahora la guerra, aumentan los ejércitos, se perfeccionan las armas mortíferas, y los gobiernos encargan la construcción de fusiles, carabinas y cañones por millares á la industria oficial y á la particular, que no se dan punto de reposo.

Decimoslo principalmente porque, en tanto que el primero de los ministros franceses, M. Rouher, ha dado ante las Cámaras la seguridad de que se habian desvanecido los temores de próxima lucha en Europa, y que seguramente se puede contar con la paz; otro de los ministros, el mariscal Niel, sostiene con calor la necesidad de que el contingente del ejército se eleve á 100,000 hombres para el año próximo, y defiende la conveniencia y precision de estar á todo evento lo más fortificados y militarmente organizados que posible sea.

El rey Guillermo de Prusia cierra las Cámaras con un discurso pacífico, muy pacífico; pero no se crea por esto que disminuye ni en un sólo hombre su poderoso ejército, por lo cual no debe prestarse ciega confianza á sus frases, que, en las circunstancias presentes, tienen la mitad del valor y la significacion que aparentan.

Donde sí es una verdad, aunque parezca raro, la disminucion del ejército, es en Austria. El 27 del último Febrero ha decretado el emperador Francisco José la reduccion mencionada, y esto honra al baron de Beust, su primer ministro, que se atreve á hacer en pró de la paz, lo que no piensan siquiera naciones mas fuertes, y que podian y debian dar el ejemplo.

Tambien parece que los Estados Unidos ván á emprender este camino, aunque tememos mucho que no llegue á realizarse tan grata esperanza, por la divergencia y aun cruda oposicion que mina y combate en las Cámaras al presidente Johnson. Presentada por el Congreso, habrá ya discutido el Senado de aquel país, una terrible acusacion contra el presidente, y de la que hicimos ya algunas indicaciones en nuestra anterior revista. En la próxima podremos consignar el resultado de este desagradable incidente.

En estos últimos dias ha salido de París, con direccion á Berlin, donde ya se halla, el príncipe Napoleon, encargado, segun unos, de una mision diplomática, y segun otros, por cuenta propia. Espere-mos los hechos, para no hacer comentarios que pudieran ser aventurados ó erróneos.

El ministerio inglés ha sufrido algunas modificaciones á poco de entrar en el poder M. D'Israeli; pero la marcha política sigue como ántes, habiendo quedado al lado del nuevo primer ministro el hijo del lord Derby, lord Stanley, que suponemos siga la escuela y tendencias de su padre. La Cámara de los lores ha aprobado la suspension del *Habeas corpus* en Irlanda, medida adoptada ya por la Cámara de los Comunes.

La cuestion de Oriente puede levantar de nuevo la cabeza, como la hidra de la fábula. Rusia concentra tropas en las fronteras de Austria y Turquía; esta última potencia hace lo propio, y los principados danubianos no gozan de la tranquilidad que desearian los que vén en esta cuestion el fantasma pavoroso de la guerra llamando con el pomo del cortador acero á las puertas de las no muy tranquilas naciones de Europa.

De América sabemos que Cabral ha sido derrocado en Santo Domingo, librando la vida milagrosamente, y siendo reemplazado por el general José Hungria, en tanto que llega Baez á ponerse al frente del gobierno. El Congreso de Colombia ha nombrado presidente al Sr. Gutierrez. De las demás repúblicas nada nuevo se dice que sea digno de que lo registremos en nuestra revista.

La primavera viene ya sobre Europa en alas de las aves, que amantes del *comfort*, nos dejaron al entrar el otoño para ir á disfrutar de una temperatura más agradable en climas menos rigurosos.

Escriben de Ivetot que se han presentado numerosas bandadas de pájaros marchando en direccion al Norte.

Si fuera posible la realizacion material de todos los deseos (dentro de la esfera moral, se entiende), con gusto seguiríamos nosotros á esas aves peregrinas, cruzando con ellas el espacio y deteniéndonos solamente donde la curiosidad ó el afecto nos llamarán poderosamente.

¿No habíamos de ir en tal caso á derramar una lágrima sobre la tumba del rey Luis de Baviera, no ante el recuerdo de su alta dignidad, sino por sus nobles y caballerosas prendas?

¿No saludaríamos tambien en su retiro al austero

solitario de Guernesey, como desde este punto donde nos encadena la suerte, lo hacemos en alas de la fantasía?

¡Cuántas excursiones, tristes ó alegres, útiles ó de mero recreo, perdemos por falta de esas alas materiales!

Pero no nos elevemos tanto, que corremos peligro de ser nuevos Icaros, y no es cosa de gusto recibir un golpe tan fuerte.

Lo que sí es de gusto, segun la opinion de M. Bicknell, es la carne de caballo.

Este señor, M. Bicknell, no el caballo, —anda pronunciando discursos en Lóndres, para convencer á sus compatriotas, con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero, de que no hay nada tan sabroso, tan succulento, tan saludable, ni tan extremado como la carne de los solípedos, vulgo caballos.

Es de ver y de oír lo que el bueno de M. Bicknell hace y dice para convencer á los neófitos hipópagos de la bondad de sus doctrinas.

Pero aún hay quien se muestra recalcitrante y toma por cosa de juego y de poca monta los sudores de M. Bicknell.

Habiendo llegado á noticia de uno de estos enemigos del célebre hipópagos, que iba á formarse una sociedad constituida por los aficionados á la carne de caballo, dijo:

—¡Desgraciados de los sócios! Dentro de poco tiempo no hay entre ellos quien lo cuente, porque ¡se habrán comido unos á otros!

¿Tendrá razon el recalcitrante?

A. Avilés.

REVISTA DE MADRID.

A pesar de cuanto han clamado en contra los diarios de la corte, se subastó por fin la plaza de toros, y desde las inmediatas Pascuas comenzarán las corridas.

El público aficionado asistirá al espectáculo; los toreros harán de las suyas como siempre, se discutirá la mayor ó menor destreza de éste ó aquel, «y el mundo en tanto, sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío.»

No valía, por cierto, la pena que los reformistas se han tomado, para demostrar lo nada culto de la diversion, que han dado en llamar española, como suprema razon para defenderla, los afectos á que se perpetúe entre nosotros la cruenta lidia; las poderosas razones que han acumulado para sostener de un modo indiscutible que, ni aun desde el punto de vista de lo que aquella fiesta produce para los establecimientos de beneficencia, es necesario que continúe: los cálculos matemáticos hechos para probar que, ocupado el terreno que hoy se destina á plaza de toros, por edificios, estos producirían al municipio mayores rendimientos. De nada ha servido todo aquello. Vanos han sido tan laudables esfuerzos. La rutina ha triunfado de la lógica.

En otra ocasion lo dijimos, y hoy vamos á repetirlo.

Si las corridas de toros revelan escasisima cultura, que no lo dudamos, y las tales fiestas gustan á nuestro pueblo, conviene que este se reforme, ántes que suprimir el espectáculo que prefiere. De otro modo, sin toros ó con ellos, el pueblo conservará la tal aficion, hija del abandono en que se le tiene respecto á educacion.

Procúrese, por todos los medios, generalizar la instruccion, despertando en esas masas, cuyo pensamiento hoy está siempre ocioso, el gusto por la lectura y por otras no menos gratas y útiles expansiones del espíritu, y entónces, sólo entónces, se habrá remediado el mal que se deplora. En el otro caso, aunque se quite de su alcance el manjar que ansia, no disfrutará de él, esto es seguro, pero su apetito, no satisfecho, se avivará en vez de cesar.

Por lo demás, conste el hecho, y sepase que, *españoles sobre todo*, aún hay patria y toros, por lo tanto.

Segun anunciamos, púsose en escena en el teatro del Príncipe la nueva comedia titulada *La Levita*, original del Sr. D. Enrique Gaspar, quien con esta obra se ha colocado en uno de los primeros puestos como autor dramático. La noble tendencia social que domina en el pensamiento creador de la comedia, y la dura, pero justísima leccion que la vanidad recibe en la obra del Sr. Gaspar, hacen que esta produccion sea por todo extremo apreciable. Así lo ha entendido el público y estimado así, colmando de aplausos al autor de la comedia, y llenando todas las noches el teatro en que esta se representa. Celebramos que esto suceda, pues ya era tiempo que el público cesara de reirse de sí mismo.

Nada más notable, ni tanto, ni mucho menos que

la aparicion de la comedia citada, ha ocurrido en Madrid durante los últimos ocho dias. Otras dos producciones estrenáronse en la noche de ayer sábado. Ignoramos su éxito. *La Varita de virtudes*, titúlase la zarzuela de magia que por primera vez se representó anoche en el teatro de la calle de Jovelanos, y *El Fantasma del pasado*, el drama que se puso en escena en el de Novedades.

Este drama, traído y llevado por las empresas, halló por fin acogida cariñosa entre los jóvenes actores del coliseo de la plaza de la Cebada. ¡Quiera Dios que el drama no les haya sido ingrato!

En nuestro próximo número nos ocuparemos en reseñar el éxito alcanzado por las dos referidas producciones, de las cuales deseamos sinceramente que reporten utilidades de todo género empresas y autores respectivos.

No ménos felicidades ansiamos para la sociedad de actores que el juéves próximo ha de comenzar á dar representaciones en el teatro de Variedades, con el plausible propósito de arbitrar recursos para los pobres de solemnidad en las diez y ocho parroquias con que cuenta Madrid.

La primera produccion que en dicho coliseo se pondrá en escena titúlase *El laurel entre zarzas*. Entre los actores que componen el cuadro de compañía figura la distinguida primera actriz doña Mercedes Buzon, quien vuelve á aparecer en los teatros de Madrid despues de catorce años de ausencia. Que todo ello sea para bien.

Por todo lo dicho, apenas si podrá comprenderse que nos hallamos en Cuaresma. Tal es el movimiento que se observa en Madrid por hallar ocasion de divertirse.

Sabido es que las ocasiones se encuentran cuando se buscan: y de aquí la razon de que se anuncien para la presente época que llaman *de penitencia*, cuatro conciertos sacros en el teatro de la Zarzuela, y en los que se cantarán las siguientes piezas:

Ave Verum, de Mozart.—*La Campana*, de Donizetti.—*Stabat Mater*, de Rossini.—*Cuarteto Matutino*, Bellini.—*Aria de Chiessa*, Stradella.—*Siete Palabras*, Mercadante.—*Plegaria por Su Santidad Pio IX*, D. Cosme José de Benito, maestro del real monasterio del Escorial.—*Madrigalle*, de Lucca Marenzio, obra del siglo XVI.—*Regreso á la Patria*, Monasterio. *Motetes*, sacros, de Eslava y Jimeno.—*Cantiga XIV del rey Don Alfonso el Sabio*.—*L'Inmortalidad*, del maestro D. L. M. de Puig, marqués de Gaona.—*Oratorio Sacro de San Pablo*, Mendelsohn.—*Salve, Mencía*.—*Domine Jesuchriste*, anónimo, composicion histórica, *La Resurreccion*, de Tonasi, etc., etc.; cuartetos en el Conservatorio; grandes conciertos instrumentales dirigidos por Barbieri en el circo del Príncipe Alfonso; dramas y comedias los demás dias en todos los teatros; reuniones aristocráticas en casa de las Sras. de Montijo, Andilla, Medinaceli y Gaviria; reuniones dramáticas y líricas en casa de los Sres. Piquer y Azárate, y diversiones, en fin, de todas clases, á todas horas, en casi todas las calles y en casi todas las casas de Madrid.

Gocemos, pues, si es posible, y vamos viviendo.

E. de Inza.

Á LA TORRE DE JUAN ABAD.

Soneto.

De achaques devorado y amargura,
Aquí vivió algun tiempo el gran Quevedo;
Aquel que manejó, cual el enredo
Y sátira mordaz, la moral pura.

Aquí, tal vez del Yelmo de Segura
Compuso la cancion; y, tal vez, quedo
Su númen, contenido por el dedo
De Dios, se acrisoló en la desventura.

¡Torre de Juan Abad! ¡Cuán bien hiciste
Nombrando tu señor al desterrado!
Si á aquel génio profundo y celebrado
Ni diste cuna, ni sepulcro diste,
Por su estancia es ilustre tu memoria,
Y aunque sucumbas, vivirá en la historia.

D. Martínez.

LA NOCHE-BUENA DEL PROSCRITO.

A mi madre.

A través de los vientos y los mares
¡madre del alma mia!
estos dulces y lánguidos cantares
mi gratitud te envía.

Lleguen amantes á tu hogar tranquilo
las tiernas bendiciones
del que hoy evoca en solitario asilo
perdidas ilusiones.

Noche de amor, de paz y de ventura
es esta para el mundo:
noche para mí sólo de amargura
y de pesar profundo.

Muchas cual ella en loco desvarío
me sorprendió la aurora;
aún las recuerda el pensamiento mío
y el corazón las llora.

Niño y feliz, al porvenir mirando
alegre sonreía,
y de tu grata voz al eco blando
gozoso me dormía.

Más tarde, cuando huérfano y doliente
corrí en pos de la gloria,
vivos guardé en mi pecho y en mi mente
tu amor y tu memoria.

El huracán del tiempo y de la vida
hoy me combate rudo;
ya dudo hasta del bien, madre querida...
solo de tí no dudo.

Errante cruzo el áspero camino
de una ventura incierta,
como otro tiempo el bardo peregrino
erré de puerta en puerta.

Mas ni me aterra el fin de la jornada
ni en ella retrocedo,
que dióme el cielo al par conciencia honrada
y corazón sin miedo.

Puede abatir el infortunio insano
mi cuerpo ya sin brío,
no abatirá el esfuerzo soberano
del pensamiento mío.

¡Madre! aunque piso por dó quier abrojos,
no mi fortuna llores,
mientras la luz del sol halle en tus ojos
¿qué importan mis dolores?

Noche de bendición es la que avanza,
¡feliz para tí se al

Mi pecho abierto siempre á la esperanza
suspira á tal idea.

Otras vendrán en que la edad de niño
recordaré á tu lado;
gloria de esa niñez fué tu cariño,
él vive, ella ha pasado.

Mas renace en el alma donde existe
el eco de esa gloria,
cuando iluminan su sepulcro triste
tu amor y tu memoria.

M. del Palacio.

Ponce, Puerto-Rico, 24 Diciembre 1867.

FIESTAS ÁRABES.

A semejanza de lo que en algunos pueblos de España acontece el sábado de gloria, y consiste en salir los vecinos por calles y plazas disparando armas de fuego, cargadas sólo con pólvora; los árabes acostumbran á celebrar la terminación de su cuaresma ó Ramadan, saliendo á caballo por las ciudades y sus alrededores, disparando al aire sus espingardas, cargadas con pólvora, y luciendo su extraordinaria habilidad como ginetes. A esta solemnidad acompaña una especie de procesion, como se vé en último término de nuestro grabado. Estas fiestas, que tan características son de los pueblos de Oriente, son dignas de verse, y el viajero que por primera vez las contempla queda agradablemente sorprendido, por su novedad y animacion.

LUCKNOW.

Lucknow es una de las poblaciones más importantes de la India inglesa, tanto por su privilegiada situación á orillas del Goumty, como por sus muchos y primorosos palacios, grandes bazares, bibliotecas, mezquitas, escuelas y jardines.

Lucknow es capital del reino de Ouda; hállase dividida en tres grandes barrios, habitados por trescientos mil habitantes próximamente, y es poblacion muy mercantil, consistiendo su comercio en tejidos de algodón y seda y en la fabricacion de cueros.

Tiene Lucknow además salinas muy productivas, y merced á ellas es una de las ciudades más ricas de la India; así como tambien por sus numerosos elefantes.

Cuando en 1859 se verificó la rebelion de la India, Lucknow fué la poblacion que más se resistió al yugo de los ingleses, que pusieron asimismo todo su ahinco en sujetarla, consiguiéndolo despues de no pocos sacrificios.

WESTMINSTER.

La abadía de Westminster es el panteon de hombres ilustres de Inglaterra. Su fundacion se remonta á la más alta antigüedad. Hallándose bastante deteriorada á fines del siglo XVII, se encargó de su completa restauracion el arquitecto de San Pablo, Cristóbal Wren, quien simplificó y reedificó la abadía al estilo moderno, decorando la portada con dos torres cuadradas. Vista por fuera, Westminster carece de uniformidad y determinado carácter.

Dentro de las magníficas y góticas naves de Westminster reposan el gran poeta dramático Shakespeare; Milton, el sublime autor del *Paraiso perdido*; Ricardo, II y Carlos II; Monk, Garrick, Haendel, Sheridan, Southey, Goldsmith, Dryden, Richardson, Pitt, Fox, y, en una palabra, todos los hombres que en ciencias, artes, política, industria, etc., han dado lustre y brillo á la Gran Bretaña.

Nuestro grabado representa parte de la aabdia, tal como hoy existe, y las nuevas obras proyectadas para dar mejor aspecto á Wetsminster, que es uno de los edificios que debe visitar con preferencia todo el que vaya á Londres.

UN AQUARIUM.

La piscicultura es una ciencia moderna, que adelanta y progresa rápidamente. Vários son los ensayos de aclimatacion intentados en estos últimos años, con el objeto de fomentar algunas especies de peces, ya poco numerosas, ya difíciles de aclimatar en nuestras regiones.

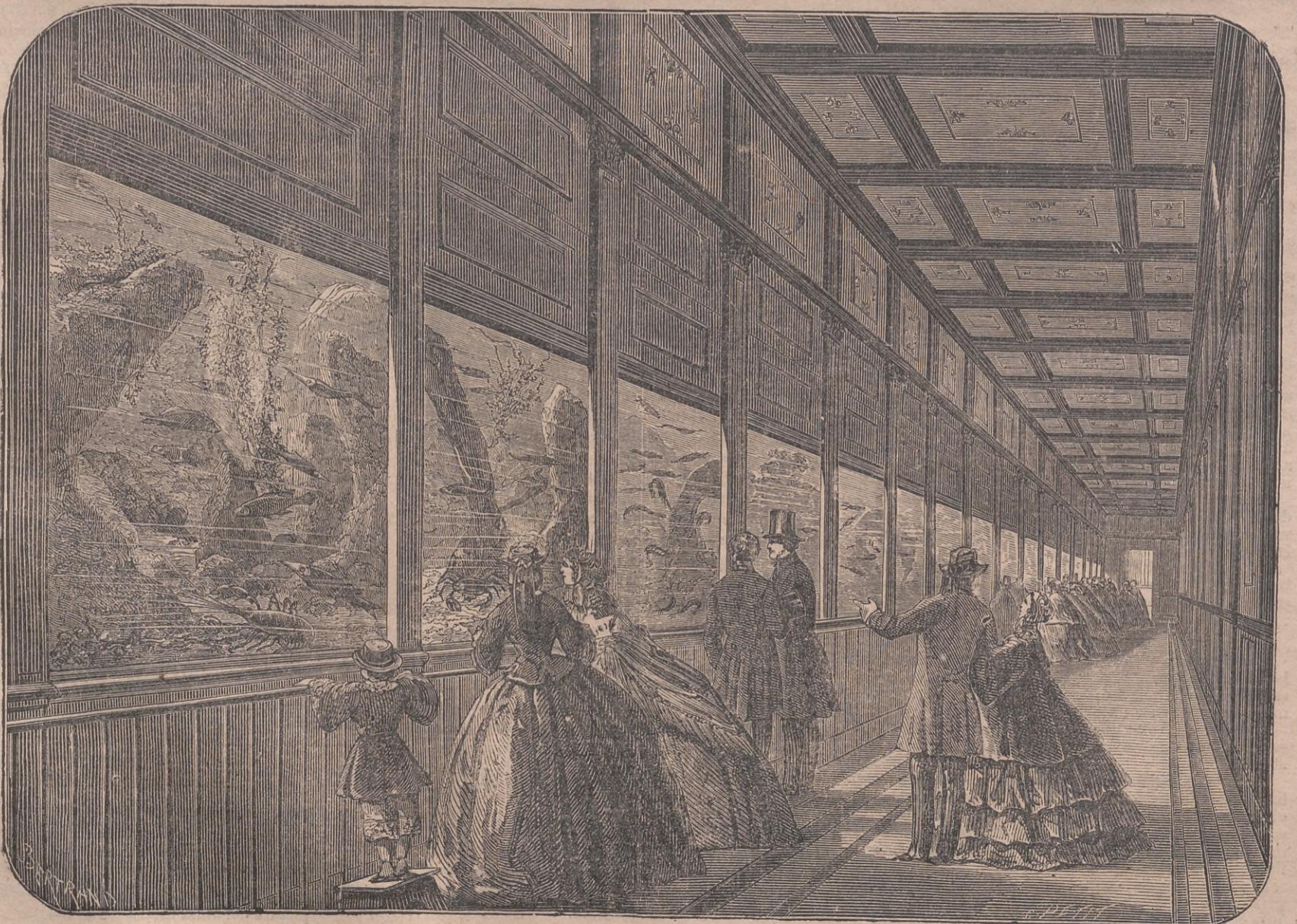
El modelo de aquarium que hoy ofrecemos á nuestros lectores es el que mejores condiciones reúne, y el generalmente aceptado.

Más adelante hemos de ocuparnos de la importante cuestion de la piscicultura, y entónces daremos cuenta de los diversos sistemas usuales para el fomento de la pesca, ya que hoy, por falta de espacio, nos es imposible extendernos acerca de este asunto.

Editor responsable, D. Agustín Llop.

MADRID: 1868.

Establec. tipógr. de Los Sucesos, á c. de R. Berengüillo, Torres, 4 duplicado.



Piscicultura.—Un aquarium.